

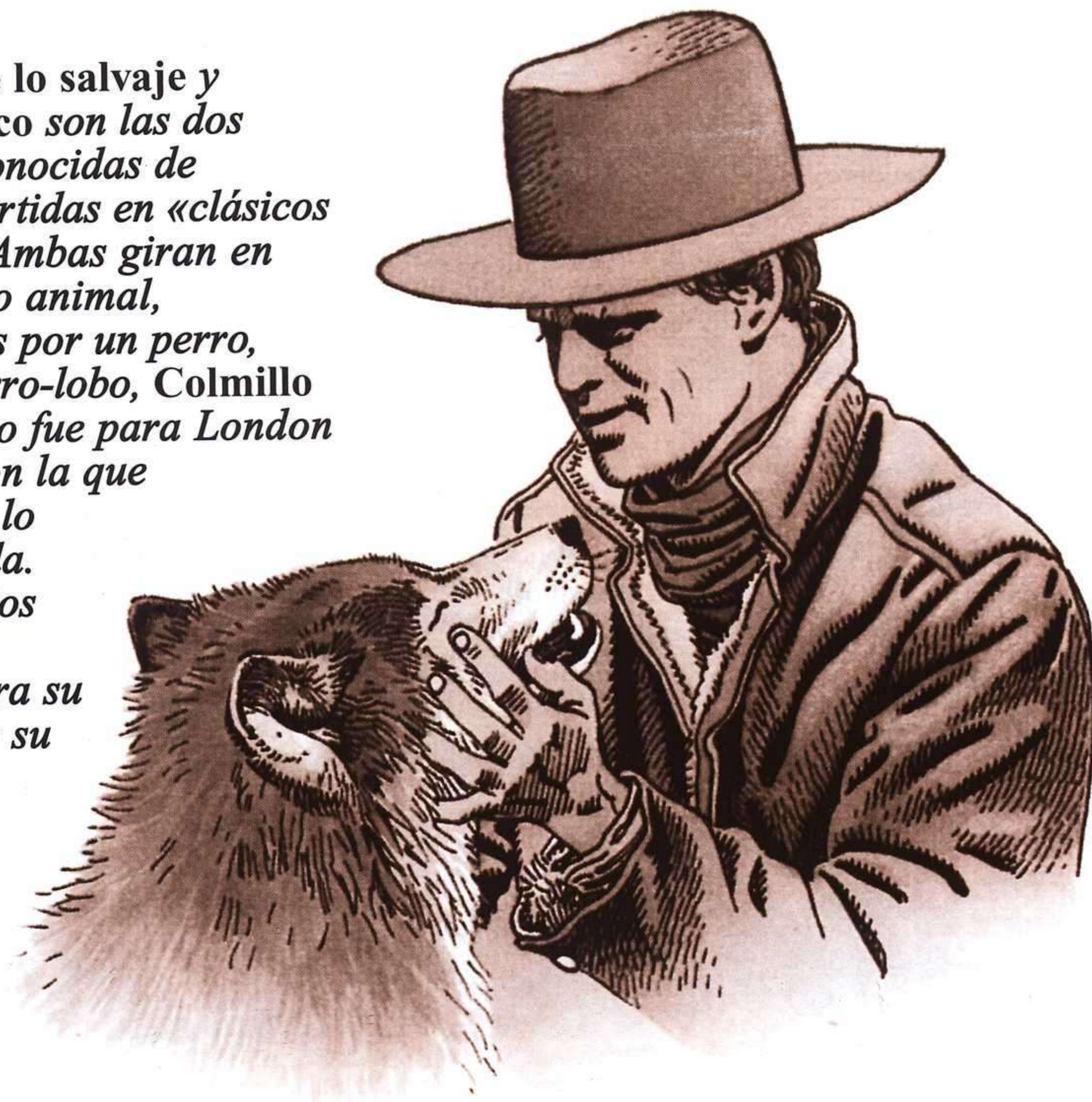
Jack London

JACK LONDON

Los *alter ego* de London: Buck y Colmillo Blanco

María del Mar Hernández*

La llamada de lo salvaje y Colmillo Blanco son las dos novelas más conocidas de London, convertidas en «clásicos de aventura». Ambas giran en torno al mundo animal, protagonizadas por un perro, Buck, y un perro-lobo, Colmillo Blanco. El lobo fue para London una especie con la que se identificó a lo largo de su vida. A través de estos personajes, el escritor muestra su pensamiento y su experiencia.



PHILIPPE MUNCH, LA LLAMADA DE LO SALVAJE, SM, 1996.

Colmillo Blanco es una narración complementaria a *La llamada de lo salvaje*. El mismo Jack London la concibió así, a pesar de que fueron publicadas con dos años de diferencia.

Ambas son obras que giran en torno al mundo animal, en torno al perro-lobo o al lobo. El lobo fue para London una especie con la que se identificó a lo largo de su vida y de su obra. Sus amigos solían llamarle «Lobo» o «Lobo lanudo», y él acostumbraba a firmar algunas cartas con el nombre de «Lobo» y bautizó a su malograda mansión en el Valle de la Luna como «La Casa del Lobo» (*Wolf House*). Así pues, su atracción por estos animales hace que a través de ellos se nos muestre su pensamiento y tomen forma las conclusiones de sus experiencias vitales.

Vidas paralelas pero contrapuestas

El protagonista de *La llamada de lo salvaje* es el perro *Buck* y el de *Colmillo Blanco* una criatura mitad perro, mitad lobo, a la que llaman con el mismo nombre que da título al relato. *Buck* y *Col-*

millo Blanco viven vidas paralelas aunque en sentido contrario: el primero pasa de la civilización al mundo salvaje, y el segundo, del mundo salvaje a la civilización. Curiosamente, uno comienza su aventura y el otro la termina como propiedad de un juez.

En *La llamada*, el perro *Buck* va pasando por diversas fases desde la civilización hasta el estado salvaje, conoce la crueldad humana y el amor, y precisamente es ese amor el que impide a la bestia que lleva dentro escapar hacia los bosques con sus semejantes. Por fin, cuando su amo muere a manos de los indios, *Buck* se venga y se integra entre sus hermanos, los lobos del norte.

El proceso de evolución en ambas historias es semejante, ya que se sustenta en la personalidad y vivencias de London.

Colmillo Blanco comienza para el protagonista en un estado de equilibrio: el equilibrio en que se encuentran las criaturas salvajes dentro de la naturaleza; son uno mismo, una unidad en la que cabe el enfrentamiento, la rebelión, el conflicto. Tan sólo se produce un aprendizaje continuo y una aceptación de la ley natural; unas veces el enfrentamiento es doloroso y otras placentero, pero de una forma u otra, no es puesto en du-

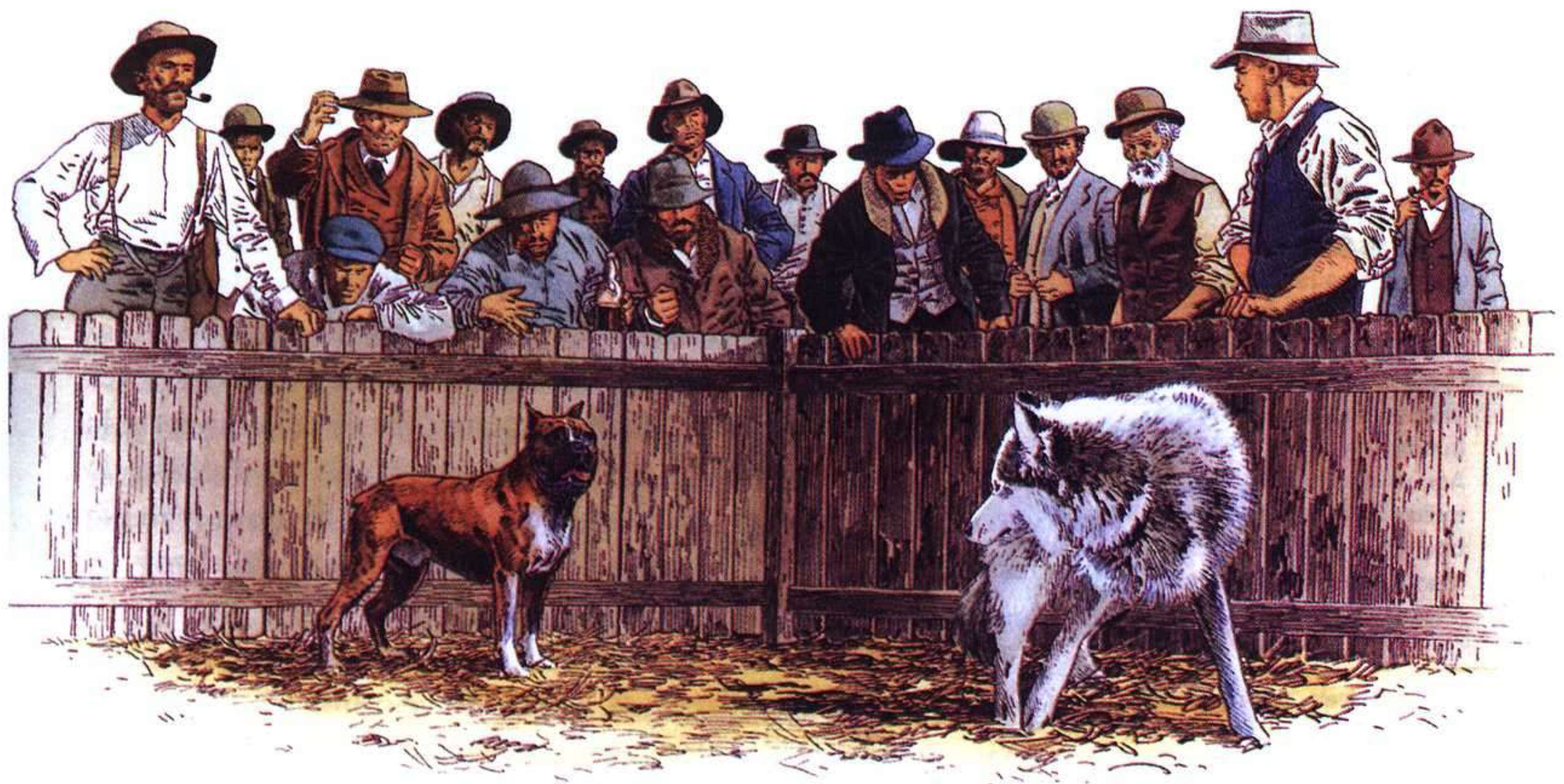
da. El cachorro (*Colmillo Blanco*) sólo teme a lo desconocido, que al principio siente tan vasto y poderoso que la sensación del animal descrita por London se asemeja al sentimiento de la divinidad. Sin embargo, el tiempo le va transformando lo desconocido en conocido, y el animal cobra seguridad en sí mismo, alcanzando así su identificación total con la naturaleza.

La ley del más fuerte

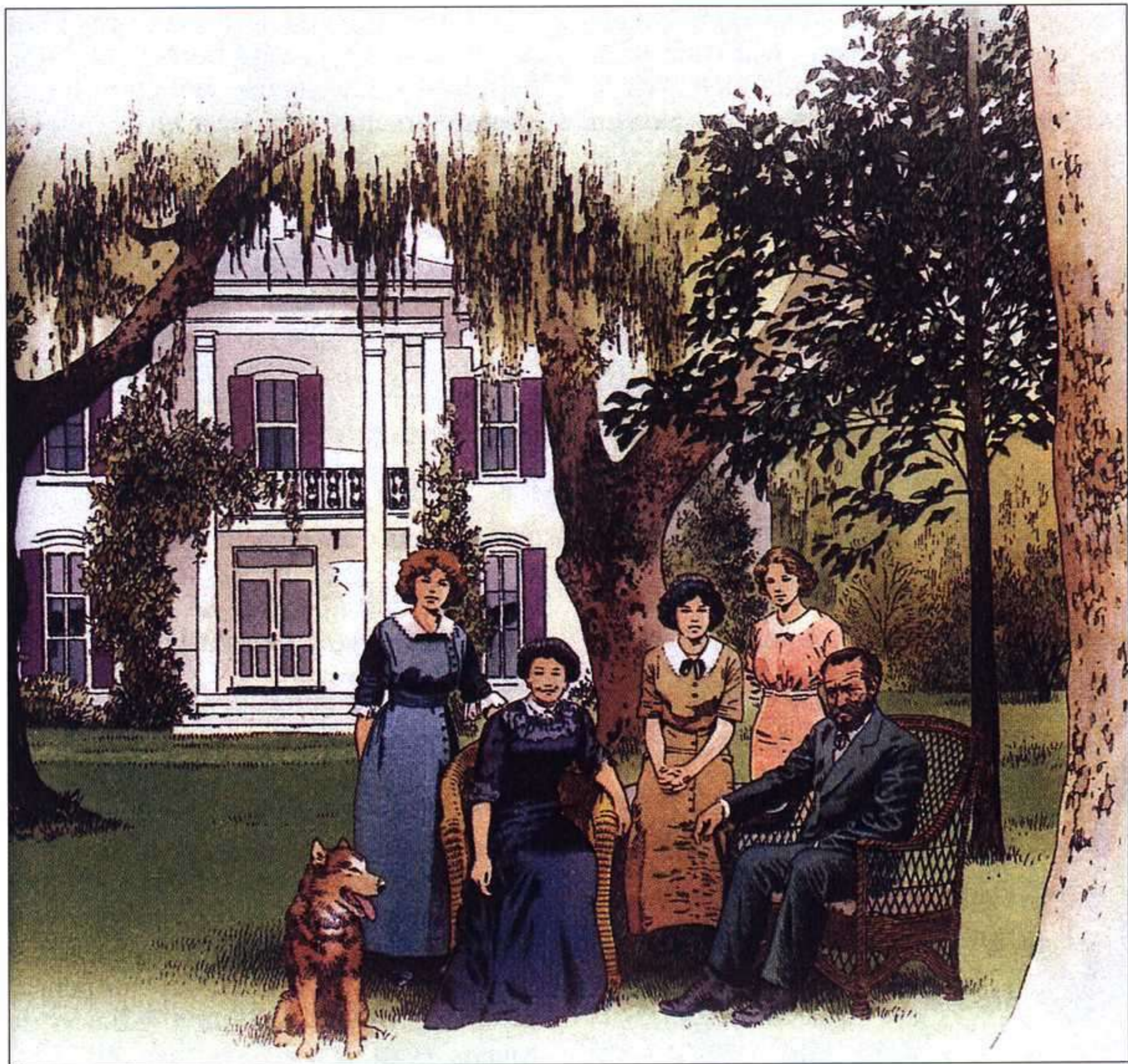
No obstante, el que termina con este equilibrio es, como siempre, el hombre, y *Colmillo Blanco* tendrá que aprender una ley distinta, adaptarse a las condiciones y funcionamiento de un mundo apartado del natural, que se rige según sus propios códigos y sus propias reglas.

Es el mundo del hombre, que llegará a fascinarle de extraña forma, siguiendo el eco de una voz oculta en su instinto de perro-lobo salvaje. Y el hombre sustituye al dios natural y se yergue ante sus ojos como animal-hombre superior y, por tanto, nueva deidad de su universo.

Al contrario que en la más sencilla Naturaleza, London nos hace ver que nuestro protagonista se halla dentro de



PHILIPPE MUNCH, COLMILLO BLANCO, SM, 1998.



PHILIPPE MUNCH, LA LLAMADA DE LO SALVAJE, SM, 1996.

un orden distinto de cosas. Ya no es la unidad, sino la dualidad, la dualidad del bien y del mal que el hombre crea y proyecta en su entorno.

Desde este momento hasta el final del relato, las aventuras de *Colmillo Blanco* se suceden en el desequilibrio entre su identidad natural y el mundo descarnado, cruel, falto de emoción y sentimiento del hombre frío o malvado. Su adaptación, absolutamente necesaria, modela su personalidad, agudizando sus instintos de ferocidad y violencia a imagen y semejanza de sus dioses.

De esta forma, se convierte en un demonio, lo mismo que el perro del cuento de London, «Bâtard» (traducido en algunas ediciones como «Diablo»). Un demonio, por su propia esencia de lobo salvaje, exagerado a causa del entorno hostil y el imperativo de la adaptación. Sus buenas cualidades quedan envueltas en penumbra, se adormecen en espera de la mano que las despierte.

Por fin, al borde de la muerte, cuando está a punto de sucumbir víctima de la crueldad humana, se produce su encuentro con Weedon Scott, al que London califica significativamente como «señor del amor». A su lado, *Colmillo Blanco* volverá a recuperar el equilibrio perdido desde que abandonara la Naturaleza y que ahora alcanza gracias al amor, al cariño y al cuidado que le ofrece un hombre. El amor obra la transformación del demonio en perro fiel, aunque sin perder sus cualidades de animal salvaje.

La influencia del pensamiento de Spencer, la supervivencia del más fuerte, el universo de fuerza, el determinismo y la imposibilidad de escapar a la dotación genética y a la presión social aparece de forma clara tanto en *Colmillo Blanco* como *La llamada de lo salvaje*. Nada mejor que las propias palabras de London para exponer su pensamiento:

«Este primer robo fue la prueba definitiva de que *Buck* era apto para sobre-

LA SENSACIONAL HISTORIA del MUNDO

Desde el Big Bang
hasta nuestros días



¡Este ingenioso libro
de Neil Layton, ganador
del Smarties Award,
os dejará boquiabiertos!



© 2006 Neil Layton RBA Libros, S.A.



RBA
MOLINO
www.rbalibros.com

vivir en el hostil ambiente de las tierras del norte. Indicaba su adaptabilidad, su capacidad para acomodarse a condiciones cambiantes, cuya carencia hubiera significado una muerte rápida y terrible. Y además indicaba la degeneración o

resquebrajamiento de sus valores morales, que resultaban una cosa vana y un obstáculo en la despiadada lucha por la existencia. Todo ello estaba muy bien en el sur, donde reinaba la ley del amor y el compañerismo y donde se respetaba la

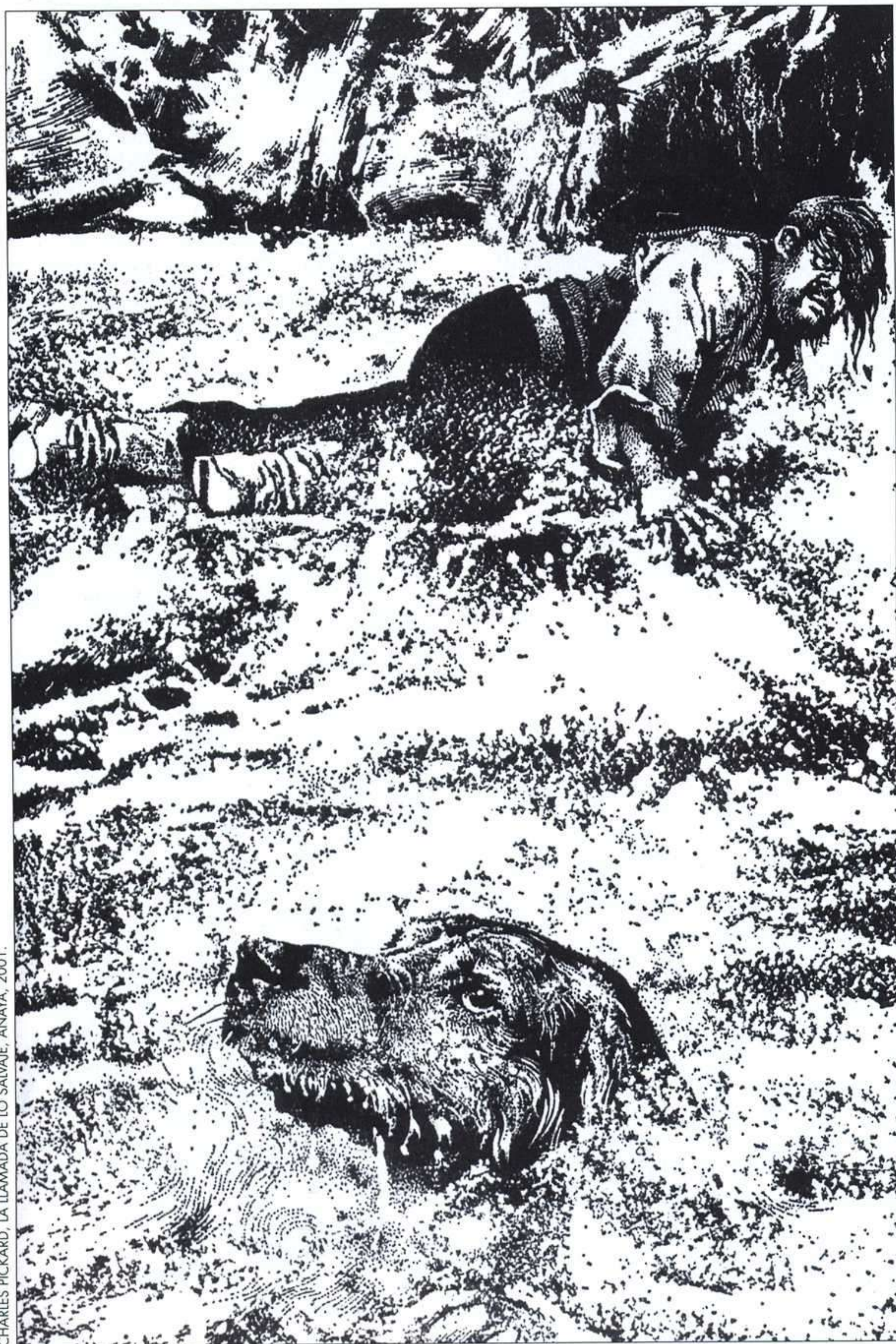
propiedad privada y los sentimientos personales; pero en las tierras del norte, bajo la ley del garrote y el colmillo, el que tuviera aquellas cosas en cuenta era un necio y mientras las respetase no podría prosperar.»

La enseñanza de esta obra, que puede interpretarse de forma alegórica, sugiere que bajo la veneración del hombre por la civilización, subyace el rostro de la bestia, cuya naturaleza es feroz y cruel en extremo. Tan sólo ha de ser situado en un entorno hostil que le estimule a enfrentarse a él y superarlo.

La adaptación al entorno es algo que *Colmillo Blanco* también tuvo que aprender en sucesivas ocasiones desde su estado salvaje hasta su civilización. Y, como Buck, gracias a la adaptación consiguió sobrevivir.

La fortaleza de estos animales también se debe a que no cuestionan la ley de la Naturaleza, ni las leyes del hombre al que aman. Así ocurre con la ley de la carne: «La ley era: *devorar o ser devorado*. Él no formulaba la ley de forma tan clara ni establecía los conceptos ni moralizaba. Ni tan siquiera pensaba en esta ley; tan sólo vivía la ley sin pensar en ella.» (*Colmillo Blanco*, edición de Anaya, 1990, p. 74).

Y de la misma manera que *Buck* regresa al estado salvaje y primigenio, *Colmillo Blanco* asciende desde la bestialidad a la civilización. Su camino no es agradable sino espinoso, y bebe de las amargas fuentes de la crueldad y locura humanas. Siguiendo a Spencer y a Darwin, London nos relata cómo la materia que constituye a *Colmillo Blanco* va modelándose en manos de las circunstancias hostiles que lo rodean. Por eso, el lobo se convierte en una criatura egoísta, insolidaria y hosca en compañía de los indios, en un demonio con *Guapo Smith* y en el compañero fiel de *Weedon Scott*, el hombre con quien descubre el amor y todas las cualidades de su especie que nadie había sabido despertar. El perro-lobo *Colmillo Blanco* recupera, por tanto, la capacidad cánica de someterse al ser humano, de olvidar su pasado salvaje y primitivo para, como dice London, arrimarse al fuego de los hombres, que son sus dioses y a los que necesita, siguiendo un instinto ancestral. La dirección opuesta es la de *Buck*, que re-



CHARLES PICKARD, LA LLAMADA DE LO SALVAJE, ANAYA, 2001.



CHARLES PICKARD, COLMILLO BLANCO, ANAYA, 1992.

cupera, después de haber perdido a su amado dios (como London denomina a los hombres desde la perspectiva del animal), la mítica identidad del lobo.

Llamada a nuestros orígenes

Así pues, la Naturaleza y el Hombre son los dos protagonistas entre los que se debate el animal más sensible a la condición humana: el perro. El hombre

es descrito como el ser capaz de albergar los mejores sentimientos y de realizar los actos más sublimes, al tiempo que también puede ser el más abyecto de los pobladores de la Tierra. La Naturaleza es recreada como una fuerza de inmenso poder, que en el norte es extremadamente cruel y que incluso puede identificarse con la muerte: «A las Tierras Vírgenes no les gusta el movimiento. La vida es una ofensa para ellas, pues la vida es movimiento; y el

objetivo de las Tierras Vírgenes es siempre destruir el movimiento.» (*Colmillo Blanco*, p. 10).

No obstante, este concepto de la Naturaleza cruel, que London describe como «una carcajada más terrible que cualquier tristeza», es tan sólo así para el hombre que ha de enfrentarse a ella y superarla; no para el animal que vive sin ponerla en duda y sin hostilidad hacia su jerarquía. Por eso, la Naturaleza es como es, ni cruel ni generosa para el animal que forma parte de ella y, sin embargo, severa o pródiga con el hombre que se ve abandonado en sus poderosas manos tras haber huido de ellas hace siglos.

Así, London escribe: «Si el lobezno hubiera pensado como lo hacen los hombres, habría calificado la vida como un voraz apetito, y el mundo como el lugar en el que vagan multitud de apetitos persiguiendo y siendo perseguidos, cazando y siendo cazados, devorando y siendo devorados, y todo ello en la ceguera y la confusión, con violencia y desorden, un caos de gula y matanza gobernado por la suerte, la ferocidad y la casualidad en un proceso sin fin.» (*Colmillo Blanco*, p. 74).

Sugerencias todas ellas que, si bien inquietantes, pueden motivar en las nuevas generaciones de lectores esa llamada a nuestros orígenes primigenios, en una época, la nuestra, transida por el vago temor de haber perdido el mítico paraíso de las tierras y las especies no vulneradas por el frenesí del progreso.

La fuerza de Jack London para el lector actual, alejado ya de la filosofía de Spencer, pero anhelante de horizontes más naturales, reside en la poesía que rezuma de su concepción de la Naturaleza, de sus descripciones magistrales del Silencio Blanco, de la lucha del dios-hombre y del animal por la existencia en un universo sin moral, ciego, donde la única fuente de felicidad se encuentra en el amor y en la entrega; el amor al mundo natural o el amor de esas criaturas salvajes por el hombre.

***María del Mar Hernández** es traductora de *Colmillo Blanco*.

Este texto forma parte de la introducción y el apéndice que María del Mar Hernández escribió para la edición que de *Colmillo Blanco* hizo Anaya, dentro de la colección Tus Libros, en 1990.